

PRESENTACIÓN

PENSAR EN LA DIFERENCIA

En el momento en que la filosofía se encierra en ella misma, la madre de todas las ciencias *perece*. Lo que mantiene vivo al pensamiento es la diferencia, que hace crepitar el cuestionar y el preguntar. Lo otro, lo distinto, es lo desconocido y, por lo tanto, lo que suscita un interrogante. Dejar de lado la diferencia o, como diría Heidegger, el olvido de la diferencia, es la muerte del pensar. Obviamente que es el camino más cómodo: si no hay lugar para lo distinto, no hay lugar para el cuestionamiento. Así, nuestro pequeño cúmulo de respuestas se convierte en un tesoro inviolable y nos cerramos, nos atrincheramos, frente a lo otro y lo distinto.

Solamente la riqueza y la diversidad pueden salvar la filosofía. O, mejor dicho, en un sentido más amplio, el pensar, ya que decir “filosofía” supone un recorte de problemas, una contextualización de las preguntas, una formalización de las respuestas y una limitación de los conceptos. Si la filosofía pretende ser un “saber” acerca de la vida, pretende darle respuestas al mundo que nos es contemporáneo, no podemos hacer oídos sordos a lo que pasa en éste. No se puede hacer antropología filosófica dejando de lado la psicología y la biología, como no se puede hacer filosofía social sin tener en cuenta la sociología y la teoría política. La filosofía debe ser diálogo. De lo contrario se vuelve un monólogo que, si bien puede ser muy elocuente y sutil, no es fecundo. Esto no quiere decir disolverse en el todo y olvidar lo propio. Qué es lo propio de la filosofía será, ahora y siempre, objeto de disputa. Ahora bien, quizá detrás de todo filósofo haya una pretensión de alcanzar lo *originario*, lo constitutivo de lo que nos rodea. Pero éste no es un trayecto corto y en el ascenso de la abstracción el filósofo precisa muchas veces que lo *diferente* lo traiga nuevamente a tierra.

Con más de un pie ya dentro del siglo XXI, y en un mundo culturalmente cada vez más homogéneo, la inagotable riqueza de nuestra existencia individual y colectiva reclama ser respetada en su diversidad y con sus constantes cambios. La filosofía se encuentra hoy en la encrucijada de combinar dos impulsos fundamentales: por una parte, la tendencia —no sólo de índole intelectual, sino arraigada en la vida misma— a lo general y, en última instancia, a lo universal; por otra, el deseo nunca consumado de alcanzar lo individual y lo particular, y, especialmente, las preguntas concretas, muchas veces también existenciales, de la vida propia de cada uno, de su mundo de la vida y su comunidad vital.

Nuestra época no ha encontrado aún una epistemología o, como quería Paul Ricoeur, una filosofía del lenguaje, que abarque todos los campos del discurso humano. Desde discursos antiquísimos como la mitología o la astrología, hasta los

campos más nuevos de las neurociencias y las múltiples ciencias interdisciplinarias, pasando por los distintos significados de lo político o lo económico: en todos ellos hay una función significativa de fondo y, por tanto, un sentido que debe ser comprendido desde su singularidad, sin reducirlo a las reglas de juego de otros discursos.

Quizá permanezca oculto en el lenguaje, precisamente, el lugar de encuentro entre lo general y lo particular, lo abstracto y lo concreto. Un lugar de encuentro que no anule la diferencia, que no disimule el conflicto y que, en el plano ético —como hemos aprendido de Levinas—, no ignore al otro. En primera instancia, en el lenguaje cotidiano, por su carácter dialógico y por su proximidad con el ritmo propio de la vida, con su pequeña liturgia de todos los días: en el trato diario con los otros, en el trabajo, en las tareas domésticas, en los momentos de ocio, en los rituales que practicamos al despertar y antes de dormir, en la cocina y la comida... Una cadencia que, a su vez, armoniza —con mayor o menor éxito— con los ciclos naturales y estacionales, con el “transcurrir del mundo”. La inmediatez del lenguaje cotidiano nos lleva a la inmediatez de las experiencias con que vivimos y habitamos el mundo.

Pero hay también otros discursos privilegiados en que la diferencia y la profusión de fenómenos dispares no son eliminados. En este número de la Revista *Tábano* se abordan dos de ellos: el arte y la psicología. El arte, en sus diversas formas, es una de las manifestaciones más altas y patentes de la cultura y de la vida que le sirve de fundamento. La psicología, por su parte, es un discurso con orígenes milenarios, que no ha cesado de preguntarse, ni en sus manifestaciones más positivistas, por las cuestiones más significativas para el hombre, tan universales como concretas.

Siguiendo esta estela, *Tábano* busca no solamente ser una revista de filosofía, no solamente limitarse a “nuestra” disciplina, sino abrirse a lo distinto, para enriquecernos de nuevos planteos, nuevas inquietudes y nuevos interrogantes. Esto, en lo concreto, supondrá la apertura editorial a trabajos no propia o exclusivamente de filosofía y, además, en pos de la diversidad, la posibilidad de publicar “reflexiones”, que no necesariamente deben seguir las normas estipuladas de la escritura académica. A su vez, como rasgo distintivo desde hace años, recibimos trabajos de distintos lugares de Latinoamérica, por lo que el diálogo no se reduce, tampoco, a nuestras fronteras.

La Dra. Silvia Di Sanza abre la revista con un interesante artículo sobre la relación entre la representación, la idea normal de estética y el ideal de belleza en la *Crítica del juicio*. Jessica Buffone se sumerge en el mundo del niño a partir de los aportes sobre la constitución de mundo por parte de Maurice Merleau-Ponty. El horizonte significativo del bebé solo se abre a partir de su trato con los otros. Este

trabajo se propone realizar un cruce entre la psicología infantil y la fenomenología, trayendo nuevas inquietudes e interrogantes. Desde Uruguay, la brasilera Mariana Moraes aporta con un artículo sobre la *Fenomenología del Espíritu* en el que se pretende demostrar que la certeza sensible es un fenómeno lingüístico. A su vez Moraes intenta trazar una relación entre el pensamiento hegeliano y la psicología de Lacan. Gonzalo Grau Pérez, también de Uruguay, nos muestra, a partir de la lectura de Lacan, la principal diferencia entre el psicoanálisis y cualquier otro tipo de terapia: el papel de la palabra. En el ambiente de la palabra es donde se da, y se hace posible, la terapia psicoanalítica y a partir de aquélla se revela el Inconsciente del sujeto. Ambar L. Michel de la Selva explora los vínculos entre la fenomenología husserliana y la música. Los aportes de Husserl acerca de la conciencia objetiva y subjetiva permiten pensar el carácter temporal de esta disciplina artística.

Además, como es costumbre, guardamos un lugar para investigadores de nuestra universidad. En este caso Mateo Belgrano propone un trabajo sobre el concepto de verdad en “El origen de la obra de arte” de Martin Heidegger, que se analizará a partir de la comparación con lo tratado en *Ser y tiempo*. El artículo pretende mostrar el alcance ontológico de la obra de arte. A su vez, Mercedes Miguel inaugura la sección “reflexiones” con un breve pero profundo análisis sobre los supuestos detrás de los términos con los que nos manejamos al referirnos a cuestiones sociales. La investigadora de la UCA se concentrará en las palabras “tolerancia”, “igualdad” e “inclusión”, que cargan, sorprendentemente, con cierta violencia implícita.

Esperamos que estos escritos reflejen la diversidad que buscamos y, más que nada, que inciten el pensar, un pensar que revitalice lo propio y sacuda aquello que ha quedado apolillado. Agradecemos profundamente al Departamento de Alumnos y la Facultad de Filosofía y Letras por hacer posible este número, y especialmente a la Dra. Maja Lukac de Stier por el apoyo a este proyecto a lo largo de los años.

Mateo Belgrano y Marcos Jasminoy